

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

SANTORAL

5 ejemplares semanales
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
C 1.25 cada semana.

Nº.

836

- Dom. 26 Sexto después de Pentecostés. Santos Juan, Pablo y Pelagio mártires y Sta. Perseveranda vg.
- Lun. 27 Santos Ladislao rey, Crecente y Zoilo mártires.
- Mart. 28 Santos Irineo obispo y mártir y Benigno, Plutarco, Sereno y Marcela. *Abstinencia.*
- Miérc. 29 † Santos Pedro y Pablo apóstoles y S. Marcelo.
- Juev. 30 La Conmemoración de san Pablo apóstol y los mártires Lucina y Emiliana.
- Viern. 1 La festividad de la Preciosa Sangre de Nuestro

Señor Jesucristo y los mártires Casto y Secundino obispos.

Sáb. 2 Santos Otón, Urbano, Vidal, y Justo mártires.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 2, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 2: de que es Celadora la señorita Virginia Caamaño G.—María Santísima es: «Reina, madre y gloria de las virgenes».
(San Juan Damasceno)

Domingo VI después de Pentecostés

Evangelio según San Marcos—Cap. VIII, vs. 1-9

En aquel tiempo: Habiéndose juntado otra vez un gran concurso de gentes alrededor de Jesús, y no teniendo que comer, convocados sus discípulos, les dijo: Me da compasión esta multitud de gentes, porque hace ya tres días que están conmigo, y no tienen que comer. Y si los envío a sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino; pues algunos de ellos han venido de lejos. Respondieronle sus discípulos: Y ¿cómo podrá nadie en esta soledad procurarles pan en abundancia? El les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Respondieron: Siete. Entonces mandó Jesús a la gente que se sentara en tierra, y tomando los siete panes, dando gracias, los partió; y dáselos a sus discípulos para que los distribuyesen entre las gentes; y se los repartieron. Tenían además algunos pecillos; bendíjolos también, y mandó distribuirselos. Y comieron hasta saciarse; y de las sobras recogieron siete espuertas. Siendo al pie de cuatro mil los que habían comido. Enseguida Jesús los despidió.

Aplicación moral

Obligar a aquellos buenos hombres, y sobre todo a aquellos pequeñuelos, a un largo viaje en ayunas no se lo sufría el C. de Jesús. Podemos imaginarnos que era ya al atardecer, como la otra vez, más ahora de un día caluroso de julio. Después de haber escuchado con atención la palabra del divino Maestro, se retirarían a tomar alimento. Pero... las escasas provisiones que les quedaban no bastaban para satisfacer la necesidad. El Señor, desde un punto más elevado, contemplaría conmovido la necesidad resignada de aquella pobre gente, que con gusto se había sugetado a estas privaciones por oír su divina palabra. Entonces fué cuando llamando a los discípulos, que andarían derramados por allí, les dijo mirando a la gente: «Tengo compasión de esa turba». Desamparado, perseguido, medio desterrado, fatigado por el trabajo y los calores, parece que estaba más dispuesto el Señor a la tristeza y compasión, parece que tenía el corazón más sensible a la desgracia ajena. Expansión natural de su Corazón fueron aquellas palabras impregnadas de

no sé qué dulcísima melancolía: «Me inspira compasión esta muchedumbre, porque hace ya tres días que permanecen a mi lado y no tienen que comer; y si los despido en ayunas a sus casas, van a desfallecer en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos».

Parece que los discípulos, acordándose del milagro precedente, realizado en circunstancias análogas y menos apremiantes, habían de pensar ahora en un nuevo milagro, sobre todo viendo la profunda compasión que la necesidad de aquella gente inspiraba al divino Maestro, que tomaba ahora, por decirlo así, la iniciativa. Nada de esto. Después de más de dos años de presenciar los más estupendos milagros de Jesús, eran todavía «hombres de poca fe». Esta poca fe de sus discípulos no irritó al corazón de Jesús: más bien le inspiraría más tierna compasión que la necesidad misma de la turba. Lo que luego pasó lo dice claramente el Evangelio: se repitió el mismo milagro, pero sin que la turba ni los discípulos cayesen en los desvaríos de hacía

unos meses. Se retiró la turba, y los discípulos se embarcaron con el Mastro en dirección a Magedan o Dalmanuta.

¡Cuántas enseñanzas encierra este pasaje del Evangelio! Pero una sobresale entre todas: la fuerza de atracción que poseía Jesús. Perseguido, abandonado, todavía reúne en torno suyo inmensas muchedumbres, que embelesadas, hechizadas con su palabra, se olvidan aun del necesario sustento de la vida. Aquella presencia, su mirada, sus palabras dulcísimas, sus obras portentosas, y sobre todo su mansedumbre, humildad y bondad de corazón, subyugaban a cuantos tenían la dicha de acercarse a él con ánimo leal y sincero. No menor atracción e influjo ejerce aun hoy día el divino Maestro en los que recuerdan sus palabras y sus hechos, y por ellos vislumbran el amor de aquel corazón. Acerquémonos también nosotros a Jesús, y dejemos se explayen sobre nosotros las complacencias o las misericordias de aquel corazón compasivo y amoroso.

PROTESTANTISMO Y COMUNISMO

II

Causará singular sorpresa a los comunistas ver su pomposo nombre, asociado al no menos glorioso del protestantismo, que tiene algunas profundas raíces en nuestro campo social.

Sin embargo, nada mas rigurosamente cierto que éste especial maridaje y contubernio del protestantismo y comunismo, enemigo de toda idea religiosa.

Uno de los más eminentes sociólogos del siglo pasado el sabio romano Pontífice Leon XIII, en su Encíclica «*Diuernun illud*» prueba el raro entronque del comunismo con el protestantismo.

Basta lanzar una mirada por el campo de la historia de los precursores de la reforma, conocer algunos de los escritos de los reformadores del siglo XVI y de sus principales filósofos, para comprobar esta gran verdad, que disgustará, sin duda a ambos combatientes del campo religioso-social.

Wicleff, Juan de Hus, Jerónimo de Praga, precursores y estrellas resplandecientes de la reforma, como con orgullo los llaman algunos protestantes, sembraron la semilla de la cizaña y la discordia en las masas sociales, proclamando francamente los famosos derechos del hombre y la rebelión a toda autoridad religiosa, incompatible con el capricho y libertad omnimoda de creer y hacer cuanto les viniere en gana en el orden moral.

Los reformadores alemanes, los Calvinistas franceses y suizos, con fervor digno de mejor causa, defendieron aquellos mismos exagerados derechos del hombre, preconizando el verdadero absolutismo que debía implantar y personalizar en el dios Estado, tal cual lo conciben los conscientes defensores del comunismo.

Los heterodoxos españoles, habilísimos en el arte del buen decir, algunos notables filólogos y profundos conocedores de las lenguas orientales, exalumnos de la gran Universidad de Alcalá de Henares, como Casiodoro de Reina, el Dr. Egidio, Juan Ponce de la Puente, Cipriano De Varela, Dr. Juan Pérez de la Pineda, Juan Valdés, el Dr. Cazalla, pero todos ellos inficionados en las doctrinas protestantes, nos dan indicios claros de principios liberticidas, absolutistas y absorcionistas, que el comunismo moderno acepta.

Juan Knox fanático escocés, paisano de Mr. Estracan, alma y vida del Instituto bíblico y de los protestantes bautistas josefinos, ese perverso Juan Knox que tanto intervino en las desdichas de Juana Stuard, fué decidido campeón de la soberanía del dios Estado, que el comunismo moderno erige ante el mundo, como medio transitorio para la implantación del paraíso en la tierra.

Hert, Languet, conocido con el seudónimo de Julio Bruto, Bouchan, Bodín, Loke, filósofos protestantes sostienen en sus escritos la irrazonable teoría del «Pacto Social».

Mas, entre ellos, descuella como figura de primera magnitud, el tristemente célebre Hobbes, protestante, que siguió, paso a paso, los principios comunistas, sentando el principio de la guerra del hombre contra el hombre, *Homo homini lupus*.

Ya ven, pues, nuestros lectores que la reforma protestante no solo barrena los cimientos del orden religioso, sino que, desposada con su fiel compañero el comunismo revolucionario, atenta contra las bases del orden social.

Recientemente se inauguró un centro de enseñanza sectaria en el pueblo de Tres Rios que alguno de nuestros rotativos aplaudió como elemento de cultura que se debe proteger y amparar. Ese colegio inaugurado pertenece a la secta protestante Adventista, que entre otras cosas enseña la santificación del sábado, parecida a la que aun siguen los judíos, que esperan el Mesías, ¡Pobre y desgraciada Costa Rica que permite estos elementos malsanos de cultura, emparentados con nuestros comunistas!

Estas entidades sectarias del protestantismo por algún tiempo disfrazan y disimulan sus teorías, mientras conocen el miedo y preparan el campo de entrenamiento en la misma enseñanza y educación de los juvenes; después, cuando el terreno está abonado y se les escucha como oráculos de la verdad, procedente de Yankilandia, lanzan sus sistemas basados en los principios de Hobbes sintetizados en estas palabras: Omnipotencia del Estado, que es fuente del derecho, totalidad del derecho y límite en el derecho.

Debemos, por lo tanto, al protestantismo y comunismo esta siniestra época de persecuciones, la terrible «justicia criminal», parecida a la anunciada para los tiempos últimos. «Mas al cabo de los mil años, será suelto Satanás de su prisión; saldrá y engañará a las naciones, que hay sobre los cuatro puntos cardinales del mundo, a Gog y a Magog, y los juntará para batalla, cuyo número es como arena del mar (apoc. 20,7).

Alerta, costarricenses, con esos huéspedes noveleros, cuidado con ese contubernio bíblico-social, Gog y Magog, protestantismo y comunismo R. P. C.

LO QUE LEEN NUESTROS JOVENES Y NUESTRAS JOVENES

No podemos andar por esas calles sin que el corazón se nos parta de pena al ver la ola inmundada del sensualismo que lo invade todo, sin que se vea la posibilidad de ponerle un dique de contención. Y lo que más amarga el ánimo es que una gran parte de esa inmundicia literaria va a envenenar las tiernas almas de la juventud, matando en tan temprana edad los gérmenes de las virtudes, quizá para que no vuelvan a retoñar jamás. Tiemblo cuando en un rincón del tranvía o en un banco del paseo público o parado en una acera de la calle veo a un jovencito o a una jovencita ensimismados en la lectura de algún folleto o revista, ilustrada o sin ilustrar, devorándola sin pestañar ni levantar la cabeza del impreso. ¿Qué leerá esa criatura?, me digo para mí mismo. ¿Qué será eso que tan poderosamente la absorbe, pintando en su semblante ya la palidez, ya el sonrojo, sin que de ello se percate ella misma ni se de cuenta siquiera de que la estan observando? Una indiscreta curiosidad me ha acuciado, no pocas veces, para descifrar el misterio, fijándome en el título del folleto fácilmente visible al volver al desgairé las hojas. Ayer mismo fué uno de los casos. La jovencita lectora no pasaría de quince años. Su aire denunciaba a una colegiala que volvía de clase. Subió precipitadamente

al tranvía, e inmediatamente se acurrucó en un rincón para continuar con avidez la lectura de algo que traía entre manos. Al terminar el trayecto cerró el libro para bajarse; trató de sorprender el título del folleto y vi... ¡Dios mío lo que ví! Era un esperpento literario escrito por uno de esos especialistas pornógrafos que suelen liquidar sus ediciones a precios bajos en los llamados puestos de libros, y más propiamente «librerías-estercoleros». Era un curso completo de depravación moral lo que estaba leyendo aquella incauta niña; y al pensar en las ruinas que en aquel tierno cerebro y más en el corazón habría dejado aquella maldita lectura, me vino a los labios una vibrante arenga que leí escrita hace unos años por la cultísima pluma del simpático P. Vilaríño. No pude espetársela a la pobrecita niña, pero quiero trasladar de ella aquí algunos fragmentos por si la Divina Providencia quisiera hacer llegar a sus manos esta hojita.

Decía, pues, en su soflama el P. Vilaríño:

Pero ¿tú lees eso?...

PERO TÚ... ¿LEES ESO?...—¡Pobre joven!... Ya entiendo todo lo que no he visto. Eso no lo puede leer ninguno que no se respete a sí mismo, ninguno que quiera que los demás le respeten. El que eso lee se degrada, se rebaja a un nivel inferior al de los animales. Los animales, con su precioso instinto, si supiesen leer, no leerían eso... ¿No ves qué título tan indecente tiene el libro?... ¿No ves el nombre del autor que ha escrito el libro, que es un infame, un perdido, un animal en toda la crudeza de la palabra, que ha renunciado a ser hombre y hablar como hombre?... ¿Y tú lees eso?...

YO HE LEÍDO, SÍ.—Yo he leído eso por deber, por necesidad, por ver como puedo defender las almas. Yo he leído eso con una repugnancia extraordinaria, costándome leer sus páginas de corrida, tomando precauciones, como médico que tiene que pasar por una sala pestilencial, queriendo preservarse de la peste. Yo he leído eso, y declaro que no hay hombre digno de este nombre que pueda escribir esas cosas, y el que las lea por voluntad, sin deber, sin necesidad, no puede permanecer puro, no puede ser casto, tiene que macharse, tiene que embrutecerse. Yo he leído eso y declaro que el pueblo que lea eso ni puede ser pueblo digno, sino abyecto, innatural, perdido, obsceno; que la juventud que lea esas cosas tiene que corromperse, fermentar y gangrenarse con la gangrena más negra del mundo. Es imposible que, donde se lean esas cosas, haya ni una familia limpia, ni una familia en paz, ni una familia en fidelidad. ¡Imposible!

NO ME EXTRAÑA.—¿Que me ha de extrañar? No me extraña que se oigan esas conversaciones inmundas que se oyen—¡ja veces entre niñas, que horror, y entre jóvenes de ambos sexos, qué repulsiva degradación!—que se vistan esos vestidos indecentes que se visten, que se pinten esos cromos vergonzosos que se exhiben, que se bailen esos bailes tan procaces que se bailan, que se canten esos cantares tan atrevidos que se cantan, que se toleren esas películas tan audaces que se ven, que se vea esa libertad en el trato de las gentes, que se haya hecho ya tan familiar la deshonestidad, que no haya vergüenza.

ESO ES LO ÍNFIMO.—¿Qué cosas peores se pueden escribir que las que escriben y leen hoy? Si las gentes dedicadas expresamente al vicio quisiesen—¡horror!—escribir lo que hablan, lo que hacen, lo que dicen, lo que piensan, ¿os parece que escribirían cosas peores que lo que han escrito esos escritores, y que eso que tú, ¡oh, lector!, y tú, ¡oh lectora!, vas leyendo avergonzado? Yo te aseguro que no.

¡Y SI ESTO SIGUE!...—Si esto sigue, la corrupción lo invadirá todo. Será imposible pensar en castidad, ni en virtud ninguna, ni en decencia. Si esto sigue, la incontinenia, los vicios nefandos, el

maltusianismo, las peores perversiones inundarán nuestra sociedad. Podemos despedirnos de la virtud. ¿Como es posible mantener a la juventud, ya tan ardiente de suyo, sin quemarse en un horno como el de Babilonia?... ¿Como es posible mantener sin mancharse los corazones de los jóvenes, las almas de los jóvenes, y ni los espíritus más fuertes de los varones y señoras, leyendo esas cosas?... *No hay sermón, no hay consideración de verdades eternas, no hay confesor, no hay director, no hay padre que sea capaz de contener la sensualidad del que lea esas cosas escritas expresamente por varones ignominiosos para suscitar las pasiones, no con arte, sino con ignominiosa seducción y perversa malicia.*

L. L.

LA PRUDENCIA

Sin la perspicacia del entendimiento no puede existir la prudencia. Y como nadie se convence de su propia cortedad, no hay quien se crea destituido de esta virtud, ni dispensado de aconsejarla a los demás.

Un cualquiera que no posee otras prendas personales que los noventa kilos, que hacen gemir a una báscula, exclama, dejando caer los párpados: *¡Prudencia!*

El doctor, indocto, inhábil y torpe, susurra con voz grave *¡Prudencia!*

El vivo que debe su encumbramiento a la propia astucia, pretende contener la audacia de sus rivales, clamando: *¡Prudencia!*

Está visto que la palabra prudencia es antifaz de hipócritas, de ociosos, de ineptos, de ignorantes y de pusilánimes.

Se aconseja prudencia al genio que salta las barreras de lo vulgar, al joven que ensaya su resistencia, al audaz que se juega el todo por el todo, al conductor de un carruaje, al caminante, al orador, etc.

Pero esta prudencia, relacionada solo con fines particulares, es más bien destreza, cautela, cordura.

La verdadera prudencia es una virtud del entendimiento, directora de cada uno de nuestros actos, en orden al último fin de la vida humana.

Los Sagrados Libros la confunden con la sabiduría. Y si no es ella misma, es su hija primogénita.

El varón prudente posee el secreto de la vida. Nunca un hombre fuerte alcanzará el mérito de un hombre prudente. Es la sal de las virtudes.

Un mismo acto que constituye una imprudencia con relación a un fin particular, puede ser suma prudencia con respecto al fin último del hombre.

Recordemos una sentencia sagrada: «Lo que parece un error a los ojos del mundo, es alta sabiduría a los ojos de Dios.»

Y recordemos la santa imprudencia de los mártires; y de los ascetas que maltrataban su carne; y la de los apóstoles que increpaban a los potentados, como Natán a David.

La verdadera prudencia supone memoria del pasado aleccionador, intuición, docilidad ante el consejo ajeno, cautela, sagacidad y previsión de contingencias.

La serpiente, símbolo más comunmente aceptado para presentar a la prudencia, emplea todo su cuerpo para proteger la cabeza, cuando la hostigan.

Diez justos hubieran bastado para salvar a Sodoma. Diez hombres prudentes bastan para salvar un pueblo.—FR. GUMERSINDO DE ESTELLA.

REFLEXIONES

Alma que sedienta estás
de dicha, placer y amor,
y en pos del mundo te vas,
creyendo que encontrarás
felicidades en flor.

Escucha de mi decir
el consejo que te doy,
que así lograrás vivir
el mañana sin sufrir,
y con dulzuras el hoy.

Desecha el decir artero
de la sirena del mundo,
que aunque en su hablar hechicero,
deja en el alma un reguero
de desengaño profundo.

¿Qué es esa dicha y placer
por el cual tanto te afanas,
sino ilusiones de ayer,
efímero amanecer,
arrullos de almas livianas?

Ni en sus verjeles de flores,
ni en su más rica beldad,
hallarás goces de amores.
¡Sólo se encuentran dolores
donde no hay felicidad!

Son agudo torcedor
los goces que el mundo da,
envenenado licor
un placer engañoso
que antes de venir se va.

Sin Dios es pura mentira
una vida de contento;
y quien por goces suspira,
y a Dios constante no mira,
no hallará dicha un momento.

Alma, si quieres gozar
ve de la virtud en pos,
ve ante el ara del altar,
que allí se llega a encontrar
la felicidad con Dios.

ANTONIO MARIA LOZA
C. M. F.

EJEMPLO DIGNO DE IMITARSE

Acaba de fallecer en España (el 26 de Marzo de este año) don Ramón Pelayo, Marqués de Valdecilla.

Desde muy joven pasó a la Habana, donde hizo una considerable fortuna. Tuvo magnífico ingenio denominado «Rosario», de gran importancia; en el cual tenía una línea férrea propia, de más de ochenta kilómetros.

Después de la vida de trabajo en Cuba se había vuelto a su tierra España.

Para la Casa de Salud, que lleva su nombre, una de las mejores de Europa, donó veinte millones de pesetas. Y cuatro millones más para el sostenimiento de la misma.

Fundó cerca de ochenta escuelas en la provincia de Santander, que es su provincia; donó un millón de pesetas para la Universidad Central.

Pagaba escuela y comida diarias para ciento cincuenta niños de su concejo natal.

Este hombre llevaba una vida cristiana. Todos los días, al atardecer, en el apacible rincón de Valdecilla (Santander, España), el Marqués, rodeado de sus familiares y criados, rezaba el santo rosario.

EL CREDO DE CASTELAR

Don Emilio Castelar, Presidente que fué de la República española, tenía un concepto muy distinto de la Religión Católica y de las creencias religiosas del que sostienen los actuales sectarios.

Por esto talvez el nombre de Castelar no ha sonado como debiera en estos tiempos.

Por esto también resulta de actualidad palpitante la reproducción de lo que se ha dado en llamar EL CREDO de aquel hombre público y eminente tribuno republicano.

Dice así:

«Yo creo. Creo que la religión encierra en su seno el espíritu de las artes, de las ciencias, de las instituciones; creo que preside a todo movimiento civilizador de la época; creo que así como el aire envuelve nuestro cuerpo, esa atmósfera moral rodea toda nuestra alma; creo que resuelve por su virtud en suaves armonías el antagonismo de nuestro ser, las perpetuas contradicciones de nuestra vida; creo que el pensamiento no puede vivir sin el aroma religioso, que el corazón por el sentimiento religioso purifica su sangre; creo que la religión nos da paz y alegría, derrama los esplendores de la virtud en el hogar doméstico, hace del hombre un artista divino; creo que el amor a nuestros semejantes, tan necesario a la vida, no puede ser eterno si no es divino, y no puede ser divino si no es religioso; como que la voluntad por sí sola no puede llegar al bien y necesita apoyarse en Dios y realizar su ley en la conciencia y en el espacio; creo que conversando por nuestras acciones, por nuestras ideas, por el culto, perpetuamente con Dios, podemos prometernos

dad absoluta que llenará
voroza inteligencia.

contribuir con todas nuestras fuerzas a cumplir el plan divino de la Providencia en la tierra, y esperar que después de muertos no hemos de convertirnos en polvo y nada, sino que a manera de insecto que en abril rompe su larva y toma pintadas alas, hemos de ascender en rauda vuelo al ser de Dios, que nos ofrecerá amor infinito que saciará la sed del corazón, y la ver- el inmenso abismo de nuestra pa- EMILIO CASTELAR

NOTA EDIFICANTE

Preguntaron un día al gran sabio americano Morse, el inventor del telégrafo que lleva su nombre:

—Cuando está usted haciendo sus experimentos, ¿no le sucedió nunca encontrarse desorientado sin saber que hacer ni como seguir adelante?

—Ya lo creo—respondió;—muchas veces.

—Y entonces, ¿qué hace usted?

—A usted se lo puedo decir: el público no lo sabe ni le importa saberlo. Al encontrarme así apurado, sin saber como seguir adelante en mis investigaciones, me he puesto a rezar, pidiendo a Dios que me ilumine.

—Y esa luz ¿viene?

—Sí, puedo decirlo sinceramente; por esto cuando me llegaban de todas partes de Europa y de América los elogios más halagüeños por el invento que lleva mi nombre, no pude menos que sentir que yo no me los merecía.

Efectivamente, apenas funcionó su telégrafo, el primer telegrama que expidió Morse decía así: Grande es esta cosa que el Señor ha hecho.

42 mil pesetas restituidas bajo secreto de confesión

Un padre capuchino de la residencia de Basurto (Bilbao) ha hecho entrega a dos importantes entidades industriales de Bilbao, de las sumas de 30 mil y 12 mil pesetas, en concepto de restitución hecha por un penitente bajo secreto de confesión.

El comentario fluye por sí solo de este hermoso hecho, que no hace falta escribirlo.

SEIS NUEVAS IGLESIAS EN PANAMA

Los misioneros españoles de la Misión Católica de Darién, durante el pasado año han desplegado una actividad constructiva asombrosa.

Han sido inauguradas seis nuevas iglesias: una de ellas entre los indios Kunas no civilizados del archipiélago de las Mulatas. Este año, a pesar de la crisis, esperan edificar cinco o seis más.